

CÓDIGOS

DE LO CONTEMPORÁNEO



Viteri
Centro
de Arte

Viteri
1982

Códigos de lo contemporáneo

Rodrigo Villacís Molina

Omar Ospina García

Pablo Barriga

Álvaro Carrión

Nora Sigal de Eliscovich

Diego Tapia Figueroa

Jorge Luis Gómez

Edgar Alan García

Fernando Balseca

Gioconda Herrera

Fernando Bustamante Ponce

Camilo Luzuriaga

Diego Oleas Serrano

Carlos Montúfar

Carlos A. Marín

Ediciones

ABYA-YALA

Quito, Ecuador

1999

Códigos de lo contemporáneo

1a. Edición

Ediciones ABYA-YALA

12 de Octubre 14-30 y Wilson

Casilla 17-12-719 - Teléfonos: 562633 y 506247

Fax: (593-2) 506255

E-mail: admin-info@abyayala.org

editorial@abyayala.org

Quito, Ecuador

Coordinación editorial: **Ileana Viteri**

Edición y diseño: **Omar Ospina García**

Impresión: **Docutech** - Quito, Ecuador

ISBN: 9978-04-594-5

Impreso en Quito, Ecuador, 1999

Índice

Introducción	
<i>Ileana Viteri</i>	9
Esquema de conferencias	12
Periodismo y cultura	
<i>Rodrigo Villacís Molina</i>	15
Problemas del periodismo cultural	
<i>Omar Ospina García</i>	25
El arte y el tiempo	
<i>Pablo Barriga</i>	41
El Eros de fin de siglo	
<i>Alvaro Carrión</i>	51
La sexualidad a fines de siglo	
<i>Nora Sigal de Eliscovich</i>	61
Pensar en imágenes	
<i>Diego Tapia Figueroa</i>	71
Sobre el hombre pantalla y la simulación de lo real	
<i>Jorge Luis Gómez</i>	89
En busca de la alteridad	
<i>Edgar Allan García</i>	97
Shakespeare en los Andes: Interpretación desde la periferia	
<i>Fernando Balseca</i>	107
✧ Los “Otros” y las “Otras” en la construcción de las identidades de género	
<i>Gioconda Herrera</i>	121
La Alteridad, sus raíces y consecuencias	
<i>Fernando Bustamante Ponce</i>	135
El cine como un nuevo sentido de lo real	
<i>Camilo Luzuriaga</i>	153
Monumento y autenticidad	
<i>Diego Oleas Serrano</i>	161
Espacio y tiempo	
<i>Carlos Montúfar Freile</i>	171
El origen del Universo	
<i>Carlos A. Marín</i>	181

Los "Otros" y las "Otras" en la construcción de las identidades de género

Gioconda Herrera

Abordar la alteridad en el terreno de las identidades de género es prácticamente remontarse al origen mismo del género como categoría analítica en las ciencias sociales.

Quiero referirme, en primer lugar, a la trayectoria de la palabra género en la teoría feminista y al uso de la alteridad en distintas etapas de este recorrido. Mi posición no es asumir una definición o corriente feminista en particular, ni un concepto de género correcto o incorrecto sino más bien tomar la idea de la alteridad como eje para revisar los principales usos de la palabra género desde el concepto de Mujer hasta la categoría de identidades de género.

En segundo lugar mencionaré brevemente cuales han sido los distintos campos de producción de conocimiento en los temas de género en el Ecuador o sobre el Ecuador. Es decir, cuando se habla de género qué sujetos se cons-

truyen, cómo se los interpela y en qué contextos se los sitúa. Esto con la finalidad de problematizar el proceso de producción de conocimientos en general y el uso del género como categoría analítica en particular, en las ciencias sociales ecuatorianas. Parto para ello de la idea de que todo concepto es construido cultural y estratégicamente, de acuerdo a los usos políticos que se le quiera dar.

Por último, quiero ensayar dos imágenes que podríamos decir se construyen como referentes importantes en las representaciones de las identidades femeninas de clase media en el Ecuador y dejar planteadas un conjunto de preguntas en relación a estas dos representaciones: la figura de la empleada doméstica y la de la maternidad. Estos dos referentes, sostengo, reflejan procesos de rupturas inconclusas para las mujeres ecuatorianas de clase media.

Género y alteridad en la teoría feminista

Si miramos la trayectoria de la palabra género en las ciencias sociales nos encontramos con dos momentos claros. Una primera etapa en que la teoría se centró en indagar sobre el origen de la subordinación y un segundo momento en que se privilegió el estudio de las formas que asume la dominación de género.

En la primera etapa predomina una concepción del género como construcción socio-cultural de las diferencias sexuales en contraposición al sexo biológico. Existen por lo tanto estructuras permanentes que subyacen la multiplicidad de experiencias de subordinación de género. En esta concepción se basan los esquemas interpretativos

duales de la división sexual del trabajo, la producción versus reproducción; lo público y lo privado, voluntad/facticidad, naturaleza/cultura, en que lo otro es pensado como un todo homogéneo personificado en la figura masculina. Esta posición fue muy cuestionada desde el reconocimiento de la diversidad. La multiplicidad de experiencias femeninas (y masculinas) ha demostrado la necesidad de abandonar este tipo de basqueas ontológicas y de contraposiciones excluyentes entre dos polos HOMBRE/MUJER.

Luego las relaciones de género fueron concebidas más bien como el conjunto de saberes que adjudica significados a las diferencias anatómicas (Scott, 1990). Esta simbología cultural toma forma en un conjunto de prácticas, discursos y representaciones sociales que definen la conducta y la subjetividad de las personas en función de su sexo. A su vez, Éstas producen categorías sociales: varones y mujeres que ocupan lugares precisos diferentes y jerarquizados en el ordenamiento social (Fuller, 1996). En esta perspectiva la alteridad viene dada por la multiplicidad de otros y otras y su diverso posicionamiento en el tejido social. No se trata ya de definirse en relación a un otro absoluto sino que privilegiar la comprensión de la forma en que se manifiestan las redes de relaciones sociales (desiguales) en que está inmersa una persona determinada.

A partir de este enfoque podemos retomar la definición de Fuller sobre el género como un filtro con el que interpretamos el mundo y a nosotros mismos, y al mismo tiempo, una especie de armadura con la que constreñimos nuestra vida. En esta concepción confluyen desde los es-

tereotipos culturales del género hasta las vivencias relativas a la ubicación social del sujeto (clase, etnicidad/racismo, edad).

Es importante resaltar el hecho de que la identidad de género en esta concepción constructivista si bien supera el carácter estructural y fijo de la versión anterior no se convierte en una opción individual, como dice Butler (1990) es necesario dar cuenta de la arbitrariedad cultural del género. Para ello podemos hacer uso de la noción de "Repudio" que nos sirve para entender cómo la identidad se fija en el sujeto a través de mecanismos que aseguran la de fronteras claras para cada individuo. Esto se da a través del rechazo compulsivo mediante el cual el sujeto mantiene constantemente sus contornos identitarios. Es decir cada individuo maneja y negocia sus fronteras en base un espectro de contenidos sobre lo que "no se debe ser" (homosexual, afeminado para los hombres; vivir una sexualidad abierta y "despreciar" la maternidad para las mujeres) Es decir, la homosexualidad y la no maternidad pondrían en entredicho la calidad masculina y femenina de hombres y mujeres en nuestras sociedades.

Los campos de producción de los estudios de género en el Ecuador

Conviene entonces ahora abordar la segunda pregunta planteada inicialmente, desde dónde se habla de género en el Ecuador y qué se busca interpelar con esta palabra. Brevemente, podríamos dividir en tres los campos de producción de conocimiento sobre las relaciones de género en el

país: 1) los discursos metropolitanos sobre relaciones de género en el Ecuador; 2) los discursos de investigación acción orientados a producir conocimientos que sirvan de insumos para la acción estatal o no gubernamental y 3) los discursos académicos nacionales, generalmente de las universidades.

Discursos metropolitanos sobre el Ecuador

(Crain, Weismantel, Stolen, Hamilton). La característica más sobresaliente de los estudios realizados desde las universidades europeas y norteamericanas ha sido el privilegiar el estudio de las mujeres indígenas cuando hablan de relaciones de género en el Ecuador. Ya sea como "ventajas comparativas" en relación al resto de América Latina, o como especificidad en sí mismo, la particularidad del Ecuador como espacio de conocimiento se ha construido alrededor de lo indígena, por lo tanto al hablar de género, las interlocutoras inmediatas son las mujeres indígenas, mucho más 'otras' que las blanco mestizas o las mujeres de las elites locales. (Weismantel 1994, Crain, 1990, 1996; Hamilton, 1995; Perruchon, 1996).

Estas 'otras' han sido objetos de estudio desde distintos enfoques teóricos, desde las visiones en que se resalta a las mujeres indígenas como sujetos portadores de la tradición, últimos vestigios de la cultura no occidental, visión bastante romántica del tejido social, hasta perspectivas en que lo Étnico es concebido como en permanente construcción. Una de las principales limitaciones de este conjunto de estudios es su divorcio de las problemáticas debatidas en el espacio nacional en relación a las discrimi-

naciones de género. Su mayor mérito radica en precisamente construir e indagar acerca de ese otro, esas 'otras' que nuestra cultura nacional a tratado de disolver en un todo homogéneo. Cabe resaltar, por ejemplo, que la articulación entre género y etnicidad ha sido muy poco desarrollada en el trabajo académico de las feministas locales.

Discursos de investigación-acción

Si bien este circuito de producción ha sido el más fértil en el terreno de los estudios de género, se trata de trabajos realizados generalmente dentro de una lógica de ciencia aplicada. Es decir, son estudios orientados por objetivos de acción (la realización de un proyecto, la ejecución de una política) y éstos predeterminan en muchos casos el curso que sigue el análisis interpretativo. Las relaciones de género en este tipo de estudios están sobre todo identificadas como parte integrante del discurso de la pobreza y reciben un influencia significativa de los análisis realizados por las agencias internacionales de desarrollo. En muchos de estos casos, el género es abordado como una variable descriptiva más que analítica.

Una excepción a esta tendencia son el conjunto de trabajos realizados en centros de investigación que han logrado rebasar esta lógica inmedatista y se inscriben en lo que sería una perspectiva feminista de construcción del sujeto femenino en oposición a un otro masculino en base al modelo dual que mencionamos en la primera parte. Se trata de trabajos que abordan la problemática de la violencia doméstica fundamentalmente en base a un análisis

más integral de las formas que asume la dominación sociocultural de lo que se denomina el sistema patriarcal (Stolen, 1987; Cuvi, 1994; Camacho, 1997)

Discursos de género en las universidades:

Sin negar el uso político-estratégico de cada uno de estos discursos, podemos afirmar que el género no ha sido tratado como una relación en construcción sino como una entidad fija, o en el mejor de los casos como una relación de dominación estructural que ha resultado impermeable al paso del tiempo.

Una excepción a la regla han sido los trabajos de historia que han permitido problematizar las visiones totalizantes acerca de la subordinación femenina y descubrir a sujetos mucho más activos, que negocian, resisten, escogen, des-legitiman su dominación (Borchart, 1991; Goetschel, 1995; Moscoso, 1996).

Mujeres de clase media y 'Otras'

Tanto en el concepto de repudio como en el de campo de producción está presente la idea del poder: las identidades de género actúan como legitimadoras de ciertas relaciones de poder. Además, existe una negociación permanente de los términos de estas jerarquías. Estas pueden ser entonces instancias para la reproducción de jerarquías raciales, Étnicas y sociales.

El ejemplo más claro fue la actitud de las clases dominantes frente a las mujeres de clase baja en la colonia y primera Época republicana: control sexual de sus mujeres

y acceso sexual a las mujeres de clase baja. Este tipo de estructuras de género estaba muy ligado a las desigualdades sociales selladas por las diferencias étnicas.

Otro ejemplo es aquel analizado por Natalia León en el marco de la problemática de la violencia doméstica. Esta historiadora encuentra que en la sociedad cuencana del siglo XVIII, los motivos que aparentemente causaban situaciones de violencia y demandas escritas de divorcio variaban de acuerdo a la clase social: mientras que las mujeres de las clases pudientes acudían a denunciar a sus maridos en nombre del honor y la vergüenza que le garantizaba su estatus social y estamental, las mujeres de clase media y baja declaraban sufrir situaciones de violencia conyugal debido a la escasez de dinero o la falta del cónyuge de garantizar la manutención del hogar (León, 1997).

Es curioso resaltar que para ese entonces dentro de los roles atribuidos a las mujeres su condición de madres no era la más importante, la castidad y la vergüenza de la virginidad eran elementos mucho más importantes en la definición normativa de los géneros. No se juzgaba a las mujeres en relación a sus hijos ni al bienestar de sus hijos.

Actualmente en cambio, estamos viviendo momentos de transición cultural en que han entrado en crisis ciertos valores asumidos y naturalizados de las construcciones de género y en la que los códigos fijos se desestabilizan.

Cabe repensar entonces las imágenes y los referentes con los que se alimentan las representaciones de género y que constituyen el bagaje con el cual las personas establecen sus contornos diferenciadores.

Me gustaría plantear que el terreno de estos referentes sigue atravesado por relaciones y concepciones estamentales de la sociedad en que están mezcladas lo comunal y lo societal, para hablar en términos del siglo XIX. Es decir, los referentes dicotómicos (actualmente en crisis) de mujer pura/impura, casta/libertina se mezclan con concepciones raciales y de exclusividad Étnica. Si bien se han producido procesos de movilidad social importantes todavía podemos hablar de matrimonios socialmente endogámicos y muy poca mezcla racial (entre mestizos e indios y negros por ejemplo).

Es en este contexto de cierta hibridez de tiempos, culturas y hasta espacios que quisiera plantear la idea de las rupturas incompletas o inconclusas. Es decir, hablar de los nudos no resueltos que plantea la desigualdad Étnica y social en relación a las construcciones de género en un país como el Ecuador.

¿Cómo plantear una división sexual del trabajo igualitaria con la figura de la empleada doméstica atravesando el espacio privado? ¿Cómo repensar lo público y lo privado desde la presencia de la figura de la empleada doméstica? Por qué el discurso feminista clásico no ha tenido mucho arraigo en las sociedades latinoamericanas? No es acaso esta una razón de peso? Si una de las principales reivindicaciones del feminismo ha sido el politizar lo doméstico y lo personal, volver público el espacio privado, cambiar las concepciones del espacio reproductivo, ¿cómo articulamos a este marco general el carácter estamental de la relación de estas mujeres con sus empleadoras?

Es decir, pensar en las identidades femeninas significa enfrentar no un sólo otro sino varios otros y otras en torno a los cuales las personas definen sus contornos. La pregunta es cómo articulamos estos "otros" en un todo relativamente estable y comprensible. Qué elementos vamos a privilegiar en la articulación del género con la clase social, la etnicidad, la raza, la edad para delinear las identidades sociales?

Uno de los espacios de construcción y reproducción de las identidades son las prácticas cotidianas. En el caso de la sociedad quiteña y serrana, las interacciones que se dan entre mujeres de diversa condición socioeconómica en estos espacios están cargadas de contenidos y formas estamentales (patrimoniales) más que de criterios racionales (en el sentido weberiano de lo moderno), características muy visibles por ejemplo a nivel del lenguaje utilizado en la interacción. así, más que un racismo abierto prima más bien una mezcla de condescendencia con una permanente de la 'otra'. Es muy común escuchar en el trato de la empleadora con su empleada el uso de términos como 'hijita' para denotar inferioridad de clase y cultura. En el marco de estas expresiones cubiertas de racismo vale la pena preguntarse cómo pensar los límites en base a los cuales se establecen los contornos identitarios para las mujeres de clase media. Cuáles son los "otros" en contra de los cuales se delinear las fronteras y qué peso tienen estas 'otras' en definir el 'deber ser' o en aumentar la ambigüedad social en que se desenvuelven las interacciones de estas mujeres y la reproducción de su estatus.

Por otro lado, tenemos la figura de la Madre como el referente cultural más fuerte en delimitar la identidad femenina. Si bien existen variaciones en términos de lo que significa las prácticas de la maternidad (motherhood), habría ciertos elementos medulares que constituyen el discurso normativo acerca de los que significa ser "buena Madre" y por ende "buena mujer", independientemente de la clase social (pero no de la dimensión étnica).

En primer lugar, y esto es producto de la modernidad, tanto en el discurso estatal como en el de la iglesia, está presente la identificación de la maternidad y la crianza de los niños/as con una función emocional y no sólo de reproducción fisiológica: la relación madre-hijo es vista como esencial para la producción de ciudadanos respetuosos del orden social. El alcance de esta imagen rebasa la dinámica del espacio doméstico. Podemos hablar de una sobrevaloración de la función de madres de las mujeres que se expresa inclusive en cómo las mujeres son percibidas en el mercado laboral (estrategias de empleos, salarios, contrataciones, segregación ocupacional). En ese sentido, la maternidad se convierte en uno de los referentes más importantes en definir el marco normativo de las identidades femeninas en el Ecuador. Negar la maternidad es casi perder el derecho social a la identidad de 'mujer'.

Es claro que el peso de la función reproductiva de las mujeres marca el proceso de transformación de referentes y valores culturales relacionados con las identidades de género. Si bien podemos hablar de una aceptación y reconocimiento cada vez mayor de la igualdad económica e in-

telectual de las mujeres. Ésta no se traduce (sin tensiones y rupturas) en términos de igualdad sexual y emocional en las relaciones entre hombre y mujeres. Por ejemplo estamos lejos todavía una concepción de la sexualidad como algo que se cultiva y no como una condición natural que se vive. De allí que podemos decir que los códigos contemporáneos alrededor de los cuales se definen las identidades, en el caso de las mujeres de clase media, están atravesando una etapa de redefiniciones (de valores y de percepciones) que otorgan marcos simbólicos contradictorios. Por ello hablamos de rupturas inconclusas en la configuraciones de las identidades femeninas, procesos en los cuales ciertas estructuras simbólicas parecen modificarse y otras permanecen más fijas. Lo importante es resaltar que en el caso de la maternidad estamos frente a una figura relativamente reciente, comienzos del siglos XX, y no frente a una condición ahistórica e inamovible.